

Violentamente, acercándose a la reina.

¿Y tú me hablas de celos? ¿Tú de celos a mí, que por tu culpa atormentado, mil veces de furor me he revolcado escupiendo mi cólera a los cielos? ¡Tú de celos a mí, cuando he querido, para saciar la sed que me enajena, desenterrar su sombra del olvido, aullando de rencor como una hiena!... ¡Huye, aparta de mí! Fastasmas gimen en el aire... Me evoca tu figura nuestro crimen.

REINA

¡Pues bien, por ese crimen —si fué un crimen amarse con locura—, por ese fiero amor voraz y eterno, por este anhelo inextinguible y fuerte que nos ligó en la vida, y en la muerte nos ligará también en el infierno! Por tu sangre culpable, por la mía, que es más culpable aún, don Juan, te ruego...

ALBURQUERQUE

Fascinado.

¡Cállate, por piedad, doña María!... ¡Triunfe otra vez el mal... ¡Sellaré el pliego!...

Saca de la escarcela el sello y sella el pliego, entregándose a doña María.

REINA

Tomando el pliego.

¡Gracias, gracias, don Juan! ¡Mi vida entera

es tuya! Está en tus manos... Quien osara alzarse contra ti, mis furias viera... ¡y si mi propio hijo se atreviera, mi hijo por ti, don Juan, sacrificara! Sobre veloz corcel un escudero a Talavera volará. Le guía de mi venganza el acicate fiero... ¡Por fin, por fin, doña Leonor es mía!

Se va rápidamente por la segunda puerta de la derecha, agitando el pliego. Alburquerque la contempla inmóvil.

ESCENA IX

ALBURQUERQUE

ALBURQUERQUE

Ensimismado.

El crimen hecho está. ¡Calla, conciencia! Si no tuviste, no, valor bastante para oponerte al mal, ¿por qué ahora vienes con tus sordas palabras a hostigarme? La suerte echada está... Pues bien... Luchemos, y si caigo vencido en el combate, como un emperador moriré envuelto en un manto de púrpura y de sangre. ¡Ay de don Pedro, y ay de la Padilla si a mi destino opónense!... ¡Ya es tarde para retroceder! ¡Valor, conciencia! ¡Cállate de una vez! ¡Cállate, cállate!

ESCENA X

Dicho, DON JUAN DE LA CERDA, FERNÁN RUIZ DE CASTRO y RICOS HOMES, que salen por la puerta de la izquierda.

CERDA

Dando muestras de indignación y dirigiéndose a Alburquerque.

No se puede tolerar...
 Esto a los nobles humilla...
 ¡Pues no acaban de nombrar
 a don Diego de Padilla
 montero mayor, y a don
 Juan García Villajera,
 su otro hermano, campeón
 de Navarra en la frontera!

ALBURQUERQUE

Encarándose con los que entran.

Ricos homes de Castilla.
 ¿Qué orgullo podéis tener
 cuando os resignáis a ser
 esclavos de la Padilla?
 ¿Para qué esas enjoyadas
 plumas y esos tahalíes,
 tantas divisas bordadas
 en las bandas carmesíes,
 y tantos áureos aceros,
 cuando os imponen sus leyes,
 como a míseros pecheros,
 las mancebas de los reyes?

Ayer era la Guzmána,
 hoy tenéis a la Padilla...
 ¿A quién serviréis mañana,
 ricos homes de Castilla?
 Aquellos nobles varones,
 orgullo y prez de esta tierra,
 que fueron como leones
 invencibles en la guerra;
 los que se hicieron temer
 de los monarcas más fieros,
 hoy lamen, como corderos,
 las plantas de una mujer.
 Degeneró la semilla...
 ¡No parece sino que
 el honor por siempre fué
 desterrado de Castilla!

ESCENA XI

Dichos, DON PEDRO, DIEGO DE PADILLA, BELTRÁN y
 ballesteros.

PEDRO

Descorriendo violentamente el tapiz de la izquierda.

Don Juar Alfonso, más tiento
 poned en el platicar,
 porque pudiera faltar
 a vuestros labios aliento.
 ¡Si seguís hablando en mengua
 del orgullo castellano...

no ha de faltar una mano
que os sepa arrancar la lengua!

Los nobles retroceden sorprendidos.

ALBURQUERQUE

¡Don Pedro!

PEDRO

No os disculpéis,
que vuestras disculpas son
máscaras de la traición...
¡Traidores! ¿Porque tenéis
feudos, armas y caballos
pensáis imponerme leyes?...
¡Las leyes las dan los reyes,
y las cumplen los vasallos!

A Alburquerque.

¡Vos, portugués, que vinisteis
a estos reinos desterrado,
si bien ayer me servisteis,
yo mejor os he pagado!
Os nombré mi consejero,
y fuisteis, pese a la ley,
después del rey, el primero,
y a veces, antes que el rey.
Dadme aquel sello que os di;
y dad gracias a la suerte
que tras de oír lo que oí,
no selle con él aquí
vuestra sentencia de muerte.

ALBURQUERQUE

Entregándole el sello.

Algo os dijera en mi abono.
¡Mas recordad solamente
que ha encanecido mi frente
defendiendo vuestro trono!

PEDRO

¡Que eso os valga a Dios le plugo,
porque si eso no os valiera,
rodar vuestra testa hiciera
la justicia del verdugo!

A don Juan de la Cerda.

¡Maestre de Calatrava,
entregad vuestra cuchilla,
vuestra venera y la clava
a don Diego de Padilla!

CERDA

Entregándolas.

¡Señor, mi clava aquí está;
y mi honor no se querella
de verse privado de ella...
sino de ver dónde va!

PEDRO

Y porque no vuelva a oír
críticas en mis estados,
vais, sin armas, a salir
de Castilla desterrados.

DIEGO

Acercándose a don Juan Alfonso de Alburquerque.

Dadme la espada, os lo ruego...

ALBURQUERQUE

Diego de Padilla... ¡atrás!
 Sólo a mi rey se la entrego;
 mas a tus manos... ¡jamás!
 Tocándola la desdoras...
 Está su acero mellado
 de segar gargantas moras
 a la orilla del Salado...
 ¡Y en Algeciras, mi mano
 desnudóla, la primera,
 al frente de la bandera
 de mi joven soberano!

La desenvaina y se la presenta a don Pedro.

Tomadla, don Pedro, pues
 espada como la mía
 jamás, señor, rendiría
 si no fuese a vuestros pies.

Viendo que el rey no la toma, intenta romperla.

Por más que romperla quiero,
 no se rompe... ¡Contemplad!...
 ¡Pues lo mismo que su acero
 es, don Pedro, mi lealtad!

PEDRO

Mi justicia no os perdona,
 porque son vuestras razones
 mentís de vuestras acciones...

La lealtad que se pregona
 más que lealtad es agravio,
 y más que agravio es traición...
 ¡Lealtad que vive en el labio
 ha muerto en el corazón!

CASTRO

Don Pedro, pagar así
 no es justo tan noble celo...

PEDRO

¿Quién sois, Fernán, vive el cielo,
 para interrumpirme a mí?

CASTRO

Señor, vuestras iras templo...

PEDRO

¡Pues he de hacer, vive Dios,
 un escarmiento con vos
 para que sirva de ejemplo!
 Prended, don Diego, a los tres,
 y en cadena, cual trahilla,
 a Triana llevadlos, pues
 quiero que mire Sevilla
 y sepa Castilla entera,
 con este caso ejemplar,
 la cólera justiciera
 de un rey que quiere reinar!

Don Diego de Padilla y algunos ballesteros prenden
 los tres en el momento que aparece doña María
 Padilla, seguida de Mencía, damas y pajes.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 AGO. 1625 MONTERREY, MEXICO

33967

ESCENA XII

Dichos, DOÑA MARÍA DE PADILLA, MENCIA damas, y pajes.

MARIA

¿Preso don Alfonso y preso don Juan?

Decidme, señor, os lo suplico: ¿qué es eso? ¿Qué causa vuestro rigor? Mas no, no quiero saber, señor, las justas razones que os obligan a prender a tan nobles infanzones. Sólo os pido su perdón, que si es noble castigar, para un regio corazón es más noble perdonar.

Se arrodilla ante el rey. Momentos de expectación

¡Su perdón mi labio implora,
y postrada me veréis,
hasta que no les dejéis
libres!...

PEDRO

Duda un momento; luego le tiende la mano y la levanta.

¡Levantad, señora,
que nada os puedo negar!

Al rey.

¡Libres sois para poder

A los presos.

de esa manera apreciar
la virtud de esta mujer!

Algunos pajes y don Diego de Padilla desencadenan a don Juan Alfonso de Alburquerque y a don Juan de la Cerda, olvidando a Fernán Ruiz de Castro.

MARIA

Reparando el olvido y acercándose a Fernán.

¡Dejad que os quite mi mano
cadena que os oprimió,
que si os la puso mi hermano
justo es que os la quite yo!

CASTRO

¡La vida preso pasara
porque una mano tan buena,
por mí no se molestara
al quitarme la cadena!

PEDRO

Acercándose y quitándole la cadena.

¡Sois galán; mi propia mano
la fineza va a pagar;
que si os la puso su hermano
el rey os la va a quitar!

CASTRO

Mi labio se torna mudo
porque el goce me enajena...
¡Desde ahora, esta cadena
será el florón de mi escudo!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

CERDA

¡Mil gracias, doña María!

PEDRO

Preparad todos, señores:

corceles, armas y azores,
pues vamos de cetrería.

Todos se inclinan y van saliendo por el foro.

A los nobles.

CASTRO

A doña María, al salir

¡Mi vida está a vuestros pies!...
¡Y ahora, que sepa Sevilla
todo lo noble que es
doña María de Padilla!

ESCENA XIII

DON PEDRO Y DOÑA MARÍA

MARIA

¡Gracias, señor!

Tendiéndole los brazos.

PEDRO

¡Doña María!

Por fin que puedo reposar
entre tus brazos como un niñoSe sientan en un diván morisco cerca de la ventana.
en el regazo maternal.
Como el que torna de un combate,ensangrentado, y en su hogar
se arranca el férreo coselete,
el casco, el peto, el espaldar,
a tu presencia me despojo
de todo anhelo terrenal,
para poder, libre de trabas,
el aire puro respirar.
¿Que la traición, como una sombra,
sigue mis pasos sin cesar?
¿Que el odio azuza sus mastines
mientras afila su puñal?
¿Que el crimen puede nuestra copa
con su veneno emponzoñar?
¿Que la venganza nos acecha
en la nocturna obscuridad,
acurrucada en los tapices
de nuestra cámara real?
Nada me importa, mientras pueda
en tus pupilas contemplar
todos los sueños de la vida,
como un desfile triunfal
de áureas galeras victoriosas
sobre la gloria azul del mar!
¡Amor! ¡Amor! Toca mis venas..
¡Quieren romperse y estallar,
para envolverte con su sangre
en una clámide imperial!

MARIA

¡Bebo mi amor en tus palabras
una embriaguez de eternidad!

¡Mis pies no tocan en la tierra;
 mi alma y mi cuerpo se me van,
 cual si en sus ráfagas bravías
 me arrebatare el huracán!
 ¿Cómo pagar tanta ternura?
 ¿Cómo, mi amor, tu amor pagar?
 Quisiera ser entre tus labios
 como las mieles de un panal;
 sobre la copa de tus manos,
 agua más clara que el cristal;
 bajo tus pies, yerba olorosa,
 para poderte perfumar...
 ¡Ser tuya, tuya, siempre tuya!
 Vivir tan juntos, como están
 los labios de una misma boca,
 las perlas de un mismo collar...
 Y ser tu sombra... Por la vida
 tras de tu cuerpo caminar;
 y cuando duermas bajo tierra
 en el sepulcro, vigilar
 tu sueño último, de hinojos
 sobre tu piedra tumular,
 el índice puesto en el labio,
 bañada en lágrimas la faz,
 ¡como si fuese la callada
 imagen de la Eternidad!

La voz del juglar cantando en el jardín.

JUGLAR

Rosal que otoño deshoja
 vuelve en mayo a florecer...

¡Rosal de la juventud
 sólo florece una vez!
 Al deshojarse las rosas
 los ruiseñores se van;
 mas vuelven con los rosales
 en primavera a cantar...
 ¡Goza el amor, que el amor,
 si se va no vuelve más!

PEDRO

Levantándose.

¿Qué voz, señora, está cantando
 en el jardín?

MARIA

Es el juglar
 que llegó ayer de la Provenza.

Como recordando de pronto.

(¡Ah, don Fadrique!)

PEDRO

Atrayéndola.

¡Qué cantar
 más dulce!... Sigue, sigue hablándome,
 porque tu voz me agrada más.

MARIA

Acercándosele de nuevo y tomándole la mano.

Señor, señor; como recuerdo
 de este momento, ¿me darás
 lo que te pida?

PEDRO

¡Todo es tuyo!

¿Qué cosa tuya no será?
 ¿Quieres acaso los tesoros
 que guardo en mi arcón real?
 ¿Aquel anillo de esmeraldas
 con el que puedes encantar
 a las serpientes?... En corderos
 a los leones trocarás.
 ¿Quieres el broche de topacios
 que me trajeron de Bagdad,
 que le da al pecho en que fulgura
 la paz y la felicidad?
 ¿Quieres las perlas orientales
 de aquel riquísimo collar,
 que al desposarse dió a mi madre
 mi abuelo, el rey de Portugal,
 perlas que son, doña María,
 ejemplos de fidelidad,
 porque si enferma quien las lleva
 ellas enferman a la par?

MARIA

Señor, no quiero los tesoros
 que guardas en tu arcón real...
 sólo te pido que libertes
 de su prisión a la Guzmán.

PEDRO

Es un regalo que a mi madre
 hice, lo mismo que se da

Con indiferencia.

a un niño un pájaro, un juguete,
 para que pueda malgastar
 con él las horas y no venga
 nuestra atención a importunar.

MARIA

Con intención.

Mas ved que el niño puede al pájaro
 entre su mano estrangular...
 En la prisión se muere pronto...
 El hacha puede hacer saltar
 sangre, que vaya el regio armiño
 de vuestra túnica a manchar...

PEDRO

¿Mas es posible que se atreven
 en contra de mi voluntad?
 Mi madre... ¿acaso?

La Padilla hace un gesto afirmativo.

¡Nadie, nadie,
 a la Guzmán ha de tocar!
 ¡Tengo el furor de los leones,
 mas no el instinto del chacal!

MARIA

Postrándose.

Pues bien, señor; firma al instante
 la orden de su libertad...
 De los perdones es la hora...
 Da tu perdón a la Guzmán...
 ¡Es el regalo que te pido!

PEDRO

¡Oh, mi ángel bueno! ¡Alza!... ¡Beltrán!

Llamando.

El traerá el pliego...

Levanta a doña María. Beltrán aparece por la izquierda.

MARIA

Abrazándole.

¡Gracias, gracias!

PEDRO

¿Qué fuera yo sin tu bondad?

Se va, seguido de Beltrán, por la izquierda.

ESCENA XIV

DOÑA MARÍA Y MENCIA

MARIA

Llamando a la primera puerta de la derecha.

¡Mencia!

MENCIA

¡Señora!

MARIA

¿Dónde

está don Fabrique?

MENCIA

Allá,

en el jardín, escuchando
con las damas al jugar...¡Y un alma en pena parece
según lo triste que está!

MARIA

Yo misma voy a llevarle
noticia que ha de alegrar
su corazón dolorido...La reina, que va a salir por el segundo término de la
derecha, se detiene al ver a doña María y escucha.

MENCIA

¿Qué es ello?

MARIA

Firmando está

el rey, de doña Leonor,
su madre, la libertad...

Se van por el foro.

ESCENA XV

LA REINA

REINA

Con gozo, viéndolas salir.

¡Inútil será ya!... ¡Doña María,
tarde acudiste para libertarla!
La vida tiene pies: camina torpe,
pero la muerte vuela: ¡tiene alas!
Partió ya mi escudero a Talavera...
Rodará su cabeza... ¡Y cuando vayan
a darle libertad, será un cadáver
lo único libre que a la tumba salga!

ESCENA XVI

LA REINA y BELRÁN, que aparece en el primer término de la izquierda con un pliego en la mano

BELTRAN

Doña María... Este pliego
el rey para vos me manda.

REINA

Dámelo...

BELTRAN

Sorprendido.

No sé, señora,
si es para vos... Yo pensaba...

REINA

Interrumpléndole.

¿Qué era para la Padilla?
Pues es para mí... Te engañas.

BELTRAN

Inclinándose.

Vuestra alteza me perdone;
mas como las dos se llaman
lo mismo, y el rey tan sólo
me dijo que lo entregara
a doña María...

REINA

Imperativa.

¡Venga!

BELTRAN

Dádoselo.

Perdonad esta ignorancia.
Y si vos me dais licencia,
me voy con el rey de caza.

Sale por la derecha.

ESCENA XVII

LA REINA y DOÑA MARIA

Mientras la reina lee ávidamente el pliego, aparece por el foro la Padilla.

MARIA

Sorprendida. La reina oculta el pliego.

Su alteza me perdone... Mas venía...

REINA

Triunfalmente.

Tarde llegaste... Lo que aquí buscabas
está ya en mi poder. ¡Mira este pliego!...

Se lo muestra.

MARIA

¡Señora, por piedad!

REINA

¡Ah...! ¿Tú pensabas
—¡Miserable de tí!—poner un freno
con tu imbécil piedad a mi venganza?

MARIA

Suplicándole.

Señora, dadme el pliego... ¡Pronto!... ¡Es mío!

REINA

¿Cuando hace poco con el rey hablabas,
a galope un corcel pasar no oiste
al pie de esa ventana?
Un pliego a Talaveira conducía...

MARIA

Como si le agitase de pronto una idea terrible.

¡No lo quiero pensar! ¡Señora, basta!

REINA

¡Pero en vez de la vida, en ese pliego,
galopando veloz, la muerte marcha!...

Se oyen trompas lejanas de caza.

MARIA

¡No puede ser! ¡No puede ser! ¡No cabe
en corazón humano tanta infamia!...
¡Dadme ese pliego! ¡Pronto, os lo suplico,
a vuestros pies, señora, arrodillada!...

REINA

¡No será! ¡No será!

MARIA

¡Pediré amparo!

REINA

¡Cállate! ¡Cállate! ¿Para qué llamas
si nadie ha de acudir? ¿No oyes las trompas?

¡Nuestro rey y señor se va de caza!
¡No la podrás salvar!...

MARIA

¡Dadme ese pliego!

¡Dadme ese pliego!

REINA

¡No!

MARIA

¡Socorro!

REINA

Sujetándola por el cuello.

¡Calla!

La Guzmán morirá...

MARIA

¡Mas esa sangre
la noble frente de don Pedro mancha!...
¡Mas no, no puede ser... dadme ese pliego!

Se desprende violentamente de la reina y se alza amenazante.

REINA

¡Con qué fiera altivez me lo reclamas!

MARIA

¡Señora, por piedad!

REINA

Con sarcasmo.

¡Cómo defienden
la presa de su amor las cortesanas!
¿Temes que lo que hoy hago yo con ella,
mañana haga contigo doña Blanca?

MARIA

¡Señora, por piedad!... ¡Mirad mi llanto!

REINA

La Guzmán morirá...

MARIA

Leca de dolor.

¡Mi pecho estalla...
Y ya no puedo más... ¡Dadme ese pliego,
o yo misma os lo arranco!

Avanza hacia la reina.

REINA

Retrocediendo hacia la ventana.

¡Calla! ¡Calla!

¿Te atreverás? ¿Te atreverás?

MARIA

Avanzando con energía.

¡A todo,
antes de consentir tan torpe hazaña!
La reina rasga el pliego y lo arroja por la ventana. Después
se vuelve, altiva, hacia doña María.

REINA

Ahora díselo al rey... ¡Cuando él lo sepa,
ya se habrá consumado mi venganza!

MARIA

Retrocediendo espantada.

¡Maldición sobre ti, reina maldita!
¡Maldición sobre ti! ¡Sobre ti caiga,
como lluvia de fuego inextinguible,
esa sangre inocente que derramas!

TELÓN LENTO